

CIRUGÍA - edición final

Matias Sanchez

# CIRUGÍA



**MATIAS SANCHEZ**

# Capítulo 1

## CIRUGÍA

Abrí los ojos. Me encontré acostado sobre un grupo de plantas muy verdes y frondosas. El frío había puesto azules las puntas de mis dedos, no tenía con qué cubrirme. Me puse de pie con mucha dificultad, tratando de el dolor al caminar para llegar a la cima de una suave colina. Al arribar al punto más alto, observé largas planicies rocosas de escasa vegetación que componían la totalidad de un monótono paisaje. El cielo de nubes blancas y sin bordes, acentuaba la sensación de soledad. Una densa niebla se formaba en los valles inferiores y una suave garúa comenzó a humedecer los harapos que envolvían mi cuerpo.

Comencé a desesperarme, no tenía idea de cómo o porqué estaba allí, mucho menos sabía cómo salir de esa inmensidad o volver a mi casa, a mi hogar. Me senté unos instantes en una enorme roca desnuda para ordenar mis ideas, tratando de entender lo que pasaba. Tome aire, mire al cielo. Deje que mis ojos se perdieran en esas ondas grisáceas hasta que el tiempo se volvió relativo. No sé cuánto estuve viajando en mi mente, imaginando diferentes situaciones felices donde poder refugiarme y así evitar sentir tanto frío, dolor, soledad.

De repente, el sonido sordo de un grupo de pasos me devolvió a la realidad. Era tal la serenidad del lugar que cualquier murmullo parecía un estruendo. Exaltado, miré a mi alrededor. Me encontré rodeado por un montón de hambrientos hombres salvajes, dispuestos a atacarme. Salté sobre mis piernas y desde la parte superior de la roca me puse a gritar amenazante. Gestos de violencia e ira se apoderaron de mis brazos buscando intimidar de alguna manera al gentío desagradable. Una piedra o un palo hubieran sido grandes armas en aquella situación, pero no tenía más que las pocas fuerzas de mis músculos fatigados para intentar enfrentarlos.

No logré asustarlos pero sí distraerlos. Aprovechando el momento, de un salto, fui a parar varios metros colina abajo y me dispuse a correr con toda mi alma. Daba todo de mí, pero mis piernas no respondían. Mis movimientos parecían en cámara lenta y aquellos hombres sin mucho esfuerzo se acercaban cada vez más. Grité de frustración, me concentré arduamente para canalizar todas mis fuerzas hacia las piernas, pero fue en vano. Pasos duros, pesados y dolorosos, que poco recorrían. Mi respiración estaba fuera de control, la transpiración ennegrecía mis ojos y mi corazón latía con ganas de salir expulsado del pecho.

Una mano sucia y áspera tomó mi hombro con tanto ímpetu que caí de espaldas sin oponer resistencia. En tan solo un instante había un salvaje sosteniendo cada una de mis extremidades para inmovilizarme. Cuando

uno más alto e imponente, vistiendo una calavera con cuernos sobre la cabeza, se asomó entre los demás y me miró fijamente a los ojos.

Su mirada duró una eternidad. Me sentí invadido y estudiado hasta las profundidades más oscuras del alma. Fue un interrogatorio forzado en silencio. Me encontré desnudo, sometido y entregado en cuerpo y espíritu, después de la patética batalla que intenté librar con aquellos hombres extraños.

El grupo comenzó a intercambiar palabras en algún extraño idioma, aunque su lenguaje corporal me orientó por contexto sobre que discutían. Un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral, desde el cuello hacia la cintura. Sin duda debatían como ultimarme y dividir el botín.

Mi mente volvió a volar. No sé si fue por miedo o desesperación, que simplemente me entregué al momento sin escapatoria, que me tocaba vivir. Otra vez me encontré recorriendo esos lugares conocidos, caminos felices, eventos especiales. Conversaba con personas queridas, compraba cosas anheladas, recibía premios y reconocimientos largamente merecidos. Fui tan feliz, que solo por un momento olvidé a los salvajes que intentaban devorarme.

El silencio, la paz y la quietud se habían apoderaron del espacio, pero el sonido de pasos erráticos me trajeron a la fuerza hacia la dura realidad una vez más. Abrí los ojos y el blanco de las pesadas nubes envolvía todo a mi alrededor. La densa niebla impedía ver más allá de mi propia nariz. Una ceguera extra corporal complicaba mi entendimiento. Solo podía aseverar que nuevamente estaba solo. Los salvajes habían desaparecido.

El hambre y la sed se hicieron presentes. Para colmo, además de encontrarme en un lugar inhóspito, desconocido y ahora invisible, también estaba extenuado, muerto de frío y muy adolorido. No encontraba respuestas ni opciones viables de salida. Estaba a punto de entregarme al desasosiego. La muerte hubiese sido una gran compañera en aquel momento. Deseé fervientemente que me visitara, me abrazara, me llevara con ella.

Tantos malestares simultáneos consiguieron mitigar mis escapadas fantasiosas, abandonándome inmerso en la espantosa situación que me tocaba vivir. Me mantuve varios minutos de pie, atinando pequeños pasos sin sentido en diferentes direcciones. Nada podía ver. Los peligros de la incertidumbre en un terreno escabroso y traicionero, son innumerables. Sin embargo, preferí seguir avanzando desoyendo mi básico instinto de supervivencia, hasta tropezar con una mata de espinas que me hizo caer con fuerza sobre unas rocas filosas. El ruido de huesos al romperse y el hedor de la sangre que brotaba sin control complementaron el espeluznante paisaje. El dolor casi me robaba la conciencia, aunque pude incorporarme para revisar los daños en mi cuerpo maltrecho. Un brazo

roto con las astillas blanquecinas que se asomaban fuera de la piel, costillas partidas y un gran corte en la pierna cuya profundidad debe haber dañado alguna arteria importante, me dejaron sin aliento algunos minutos. El calor de los fluidos escapando de las heridas me permitieron relajar un segundo, obligándome a yacer sobre la grama buscando algún consuelo. Ya no sentía dolor. Ya no sentía frío. Mi mente se apagaba lentamente.

Abrí los ojos y el blanco había desaparecido. Ahora, el cielo estaba tan oscuro como la noche más negra en ausencia de luna. El frío intenso, dolía más que antes. El ardor en las heridas se volvía insoportable. Intenté ponerme de pie pero no pude moverme. Solamente alcancé a sentarme. Es más, me conforme apenas con levantar la cabeza y tratar de ver que ocurría en mi entorno. Todo sombrío, todo negro. Nada era perceptible, hasta que dos círculos brillantes se mostraron a lo lejos. ¿Realmente estarán lejos? El par se transformó en una docena y la docena en una veintena.

No pude divisar qué animales eran. El fulgor amarillo de sus ojos y el blanco sucio de sus grandes dientes, me afirmaron que la visita no era amistosa. Uno de ellos, de un salto llegó a mi lado e inmediatamente hundió sus colmillos donde tenía el corte en la pierna. Sin perder tiempo, otro se abalanzó sobre el mismo pie, en una furiosa disputa por el preciado alimento. Ambos tiraron con tanta fuerza arrastrándome unos metros, hasta que las demás bestias se sumaron al festín. El padecimiento era insoportable. Mordían y tiraban de todo mi cuerpo. Comenzaron a desprender mis miembros como grandes trozos de carne fresca. El sufrimiento superaba los umbrales de dolor tolerables por cualquier ser humano, mientras un zumbido agudo se en mis oídos. Pude contemplar como aquellos seres monstruosos se alimentaban de mi cuerpo. Fui el espectador de mi propia tortura, de mi carnicería. Nada podía hacer, nada podía desear. Ya nada podía sentir. Unos dientes filosos en el extremo de un paladar negro cubrieron mi campo visual. Sobrevino el silencio, la paz, la quietud.

Abrí los ojos. Una luz aún más brillante que el sol, apuntaba directamente sobre mí. Otra vez me costó unos instantes entender dónde estaba y qué pasaba. Mi cuerpo no respondía a las órdenes que le enviaba mi cerebro, estaba completamente paralizado. Personas cubiertas de pies a cabeza con ropas claras corrían a mi alrededor. Todo era blanco, metálico, brillante y muy ordenado. Algo golpeó ese sol extraño y este apuntó hacia otro lado, exponiendo mi cuerpo ultrajado. El zumbido se hizo aún más intenso para mis tímpanos. El campo visual comenzó a reducirse cuando alcancé a ver que uno de aquellos hombres tapados, se acercaba con dos placas metálicas. Todo se desvaneció. El silbido se convirtió en el único sonido audible y un túnel oscuro de gran extensión, estuvo frente a mí.

Decidí no recorrer el camino entubado, no ir hacia la luz y quedarme donde estaba. Una nueva batalla se libraba a mi alrededor, pero esta vez, yo deseaba ayudar. En mi corazón, sentía que mi aporte era fundamental, pero el anhelo de nada sirvió. Nada ocurrió.

Nada nunca más volvió a suceder. Ni sonidos, ni imágenes, ni luces, ni paisajes, ni animales, ni hombres, ni dolor, ni hambre, ni frío. La nada misma, la nada infinita. El tiempo fue aún más relativo. En la nada no existen parámetros para medir el paso del tiempo. Será un minuto, un día, un año. ¿Cómo saberlo?.

La soledad, la angustia y las ganas de llorar sin poder hacerlo, copan mi vida. No puedo soñar, no puedo imaginar, no puedo esconderme en mis fantasías de felicidad. Estoy atrapado en la nada. ¿Dónde estoy? ¿Cómo llegué hasta acá? ¿Porqué acá? ¿Porqué en la nada misma?

Abro los ojos y no veo nada. Nada a mi alrededor, nada que sentir, nada que desear. Nada. De golpe vuelve el zumbido. Solo el irritante silbido y ecos de voces lejanas que no puedo entender. La nada sucia, la nada turbia. Peor que la Nada. La Nada.